

ñal y viaja á lo largo para ganar la orilla opuesta, ó desaparece con la cabeza doblada debajo de las cañas ó de las yerbas



Gansos de Gambia y del Danubio.

acuáticas. Si el enemigo la persigue decididamente, resuena el nuevo trompetazo imperioso, listo, y confundidos y resuel-

SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 3

tos abandonan el campo y echan á volar, con gran disgusto del cazador. Aun en los corrales se puede observar: al menor movimiento, al menor ruido, uno de los gansos da un aullido de advertencia al que responde toda la tropa por aclamacion general. Asi Columela los miraba como los guardas mas seguros de una hacienda, y Veggecio como el mejor centinela que puede tener una ciudad sitiada. Y esto no es una hipótesis de autor; la antigua Roma, ¿no debió su salvacion á los gansos del Capitolio? De donde nació la antigua y sencilla costumbre en la ciudad eterna de pasear todos los años solemnemente á estos vigilantes anfibios como triunfadores, y mantenerlos y alimentarlos á espensas de la república, á título de pájaros ó aves sagradas.

De la manera con que el ganso hace su nido, diremos poco; sigue la costumbre de un gran número de palmípedos: es un simple colchon de yerbas secas, espeso, liso, y situado en medio de grandes cañaverales ó de matas, y próximo al agua. Mas donde se vé la gran superioridad de su naturaleza, es en el amor y en la adhesion animosa que muestran por su progenitura. Desde que ha puesto la hembra el primer huevo, ya no se separa el macho del nido; está siempre allí dispuesto á defender su polluelo contra cualquier enemigo que intente amenazarle. Si un zorro, escurriéndose por entre las yerbas llega á ir á inquietarle, el pájaro se precipita inmediatamente sobre él, le aturde á alelazos y le pone en fuga. Es muy dudoso que un hombre sin armas pudiese hacer frente á semejante antagonista. El citado autor Audebon, hizo la prueba. Un día que se habia acercado á un nido de gansos, lo observó; el macho salió á su encuentro en una actitud hasta formidable; lanzaba miradas de desafio; silbaba, agitaba las alas, se arrojaba directamente sobre él para atacarle: por dos puntos le alcanzó en el brazo y estuvo en poco de rompersele. De tiempo en tiempo, interrumpiendo su combate valeroso, era cosa de ver cómo el pájaro volvía al nido, pasaba y repasaba la cabeza y su cuello sobre el plumage de la hembra, como para calmarla y tranquilizarla, volviendo despues el intrépido campeón á la carga con nuevo ardor. No solamente ama á sus hijos, si no que se le vé frecuentemente adicto á los estraños, á los que cria y cuida con el mayor amor. Hay ejemplos de su mucha domesticidad; se ha visto un caso muy estraordinario, cual era en una aldea de Alemania, una pobre muger ciega que iba todos los domingos á la iglesia llevada por un ganso cogiéndola con el pico una punta de su vestido: cuando la muger habia pasado la puerta del templo, el ave iba á aguararla al cementerio, que estaba á la entrada, donde se ocupaba en pacer la yerba; y despues, concluida la misa, volvía á coger á su ama y la conducía á su casa.

Además de los gansos ordinarios, hay tambien el ganso de Gambia ó del Danubio, de plumage visado, cual representa nuestro dibujo. El ganso de Gambia, que presentamos en segundo término, tiene las piernas muy largas y el porte muy tieso, su frente tuberculada: los dos espolones de que sus alas están armadas, su cuello recto, su capa parda y contrastando con el color claro de la parte inferior, lo distinguen de los demás de su especie. Por último, el ganso del Danubio, que ocupa el primer término de nuestro grabado, tiene el plumage blanco como la nieve; el pico y los pies son de un amarillo claro. Su cuello, muy corto, está casi en aptitud horizontal. Una particularidad singular, y que previene desde luego la atencion del que le mira, es la consis-

tencia de sus plumas, tan flexibles, tan ligeras, que al menor viento se levantan y contonean. El ganso parece enterado en un monton de plumas adherentes á su cuerpo, lo que se observa tambien en el ganso doméstico.

SILVAS Y PACHECOS.

6

LOS BANDOS DE MURCIA.

I.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

Hacia fines del mes de agosto del año 1372, se hallaban en una tarde en que el calor se habia dejado sentir escesivamente, reunidas varias personas en las márgenes del Segura en Murcia, en una alameda, buscando en aquel sitio tan fresco y delicioso un abrigo contra los rigores de la canícula.

Mostraban ser personas principales en lo rico de sus trages, y ocuparse en una interesante conversacion por lo animado de sus ademanes y el calor de sus palabras.

Murcia entonces como todas las ciudades de España, se hallaba en paz, y reinaba la tranquilidad que habia sucedido á la anárquica inquietud, en que se habia hallado á la muerte del último rey don Pedro I. Hacia tres años que habia subido al trono por un fratricidio, don Enrique I de Trastámara, y despues de haber recompensado larga, generosa y magníficamente á los que le habian ayudado en su empresa, y hecho acallar las pretensiones de los Cerdas que renunciaron sus derechos á cambio de la ilusoria corona de las Islas Canarias recientemente descubiertas, devorando en silencio la afrenta de que los moros de Granada aprovechándose de la muerte de don Pedro tomasen por asalto á Algeciras, concluyó con ellos un tratado de paz, y se dedicó á mantener en paz sus reinos, presentando su benéfico reinado de diez años, el singular ejemplo en aquella época de guerras y revueltas de que ninguna sedicion viniese á perturbar sus pueblos.

Atacado sucesivamente por la Inglaterra, Aragon, Portugal y Navarra, desplegó tanto valor para defender sus estados como habia demostrado para adquirirlos. Rechazó con las armas á sus enemigos ó los neutralizó con su política. Llegó hasta los muros de Lisboa: hizo pagar á Pedro IV de Aragon los gastos de la guerra, obligó al duque de Glocester á reembarcarse con la escuadra inglesa con que se habia presentado en la Coruña, y Castilla y Valencia comenzaron á gozar de una tranquilidad á que no estaban acostumbrados.

Gozaba Murcia de esta tranquilidad. Dividida antes en bandos por las poderosas familias de los Silvas y los Pacheco, habíanse declarado los primeros por el legítimo rey don Pedro, y los segundos por don Enrique de Trastámara, que al subir al trono, se habia contentado con desterrarlos de la ciudad; condenando á muerte al que de ellos osase volver á penetrar en la ciudad.

Todos los personajes reunidos en la alameda á las már-

genes del Segura, eran de la familia y parcialidad de los Pachecos, dominadores sin rivales de la ciudad. Allí se hallaba don Enrique Pacheco, comendador de Calatrava y conde de Tavira, y su hijo don Alfonso, y su sobrino don Luis, y su inmediato deudo don Cristóbal Pacheco conde de Lorca, y padre de Leonor una de las doncellas mas hermosas y ricas del reino.

Hablaban de la sentencia fulminada por el rey, contra sus rivales los Silvas y creían mas eficaz para impedir su vuelta á la ciudad de Murcia, de que se juzgaban señores, su propia espada.

El anciano don Cristóbal, conde de Lorca, con la autoridad de sus años y su experiencia, en vano les decia...

—No hay, hijos míos, otro señor en Murcia sino el rey... y si para cortar las querellas que todas los días ensangrentaban las calles ha desterrado á los Silvas, no es porque han combatido contra él y en favor de don Pedro el Cruel, porque Enrique apreciaba la fidelidad, sino porque fueron los primeros que rompieron la tregua celebrada entre ellos y nosotros... y era justo... Sabe, Pacheco, conde de Tavira, que no habrá poder ni amenaza bastante en el mundo á hacerle separar de su propósito.

—Lo sé bien, contestó el conde de Tavira, pero tú tambien sabes que para defender mis derechos ó vengar mis agravios... yo con los míos me basta.

—Y ninguno os ha faltado, dijo don Luis, de cuantos sienten correr en sus venas sangre de los Pachecos.

—Gracias, le contestó el conde apretándole la mano... Por eso no hay que fiarse en el triunfo. No está aun distante el día en que cada uno de nosotros no nos atrevíamos á pasar por este sitio y por las calles sin llevar la espada y la daga al cinto. Aun no hace un mes que no podíamos como ahora, pescar por la margen del rio... Sabed que los Silvas intentan volver.

—Desgraciados de ellos, dijo don Alonso, si osasen volver aquí á insultarnos con su presencia...

En estos términos se hallaba la conversacion de aquellos nobles y altivos personajes, cuando se dirigió á las márgenes del Segura seguido de varias gentes del pueblo, un juglar que con mandolina en la mano cantaba una cancion. Era uno de esos hijos de la gaya ciencia que la Provenza enseñaba; trovadores ambulantes que van paseando por las ciudades su miseria, sus canciones amorosas y sus relaciones sin fin...

—El bribon, dijo don Alonso, no se ha tomado la pena de pedir nuestro permiso para que le oigamos...

—Si os obliga á escucharle por fuerza con su talento, tendrá razon en no haberos pedido permiso.

—Y si lo consigue, dijo don Alfonso, le he de pagar generosamente su victoria. En aquel momento el juglar, que no era otro que un emisario disfrazado de la casa de los Silvas, se colocó bajo un balcon de una magnífica casa que se ostentaba cerca de la alameda, y, despues de preludiar algunos sonidos en su laud, comenzó á cantar la siguiente cancion:

En la ciudad de Verona,
que corona verde yedra
y en cuyos muros escritas
están las civiles guerras,
dos casas siempre rivales
con sus eternas querellas
hace tiempo que la traen

de día y noche revuelta.
El crugir de las espadas
y el choque de las rodela
sus aterrados vecinos
traen en continua vela.
Jóvenes atolondrados
que por fútiles quimeras
echais la mano al acero
y provocais cruda guerra,
mirad que el que hoy vencedor
alza erguida la cabeza
quizá vencido mañana
á humillarla irá en la huesa.

Don Alfonso, dirigiéndose hácia el juglar, echando mano á la espada con cólera, le dijo:

—¿Qué pretende este insolente con las dos familias rivales de su cantilena?

Don Luis, reparando en el juglar, no pudo menos de decir:

—Juraría que yo he visto á este mozo entre los criados provenzales que el insolente Tello de Silva ha traído de sus viages.

—Si estuviese seguro de ello..., dijo don Alfonso apretando los dientes con rabia.

Entonces Pacheco, hombre prudente y sesudo, trató de contenerle diciendo que aquel era un infeliz, cantaba una historia que era la de muchas familias de España, y porque su cancion tuviera un estribillo que parecia dirigirse á ellos, no habia porque maltratarle.

—Tienes razon, le dijo don Alfonso, tú eres un buen noble y un buen hijo, pero tus dos hermanos, muertos, tambien lo eran... tienes razon...

Mirad que el que hoy vencedor
alza erguida la cabeza
quizá vencido mañana
á humillarla irá en la huesa.

Y al mismo tiempo enjugó una lágrima que se deslizó de sus ojos sobre su tostado rostro.

En tanto el disfrazado juglar permanecia debajo del balcon de aquella casa donde tenia interés le oyese la noble doncella que la habitaba, que era la hija del conde de Lorca, el anciano y respetable don Cristóbal Pacheco. Llegóse el conde de Tavira al juglar y le animó á que continuase cantando, descando prosiguiese su cancion. Templó su laud el juglar al ver que le hablaba, temiendo que si él conociese el objeto á quien se dirigia la cancion y de parte de quien venia, de seguro con su puñal le traspasaría el corazon mas bien que instarle á continuar su canto. Volvió á preludiar, y en seguida continuó en esta forma la cancion.

De una noble, antigua casa
descendiente un jóven era,
valiente entre los valientes
gala de la Italia entera.
En otra noble familia
brilla una gentil doncella,
cuyos ojos son dos soles,
su talle esbelta palmera,
de la diosa del amor
siendo la imagen perfecta...

—¿Oís, padre? dijo don Alfonso interrumpiendo al cantor; ese jóven tan valiente era orgullo de los suyos, y en la



otra familia habia una doncella hermosa... ¡Oh!... esa es una invencion para insultarnos... y ese miserable...

Al mismo tiempo llegose al grupo de los Pachecos el marqués de Villafior, jóven elegante y aturdido, y que pasaba por uno de los señores mas galantes de Murcia.

—Os engañais, dijo dirigiéndose á don Alfonso, esa es una historia verdadera y que acaba de suceder en Italia.

—¡Hola! vos aquí, noble marqués de Villafior, dijeron con cierto desden todos los que allí se encontraban.

—El mismo, caballero, y no consentiré que maltrateis á este pobre diablo porque os cuenta la interesante historia del valiente Romeo y de la bella Julieta... Me admira que no lo sepais, don Alfonso,

—Marqués de Villafior, contestó éste, he pasado mi juventud en aprender á manejar la lanza y la espada, y mis manos se han cubierto de callos en el oficio de la guerra; jamás he pulsado el laud ni un arpa, y no debeis admiraros que ignore todas esas historias de juglares y esas cántigas... que tan bien pareceis conocerlas.

—Pues yo, contestó el marqués de Villafior, tengo las manos blancas y finas y lo tengo á orgullo; verdad es que me gusta recorrer las cuerdas de un laud ó de una lira, lo que me ha valido mas de una dulce sonrisa de nuestras damas, empero, no creais, don Alfonso, que mi espada es menos pesada que la vuestra... y mi mano la pulsa con igual facilidad que las cuerdas de un arpa.

Iban ya á reñir segun el tono provocativo con que habian comenzado á hablar, cuando Pacheco impuso silencio á su hijo.

—Gracias, señor, dijo el maqués de Villafior; don Alonso es un valiente mancebo, lo sé, y yo no he vuelto á mi patria á escitar en ella nuevas turbaciones entre sus hijos. Vuelvo porque he oido decir en Castilla que los moros tienen gana de venir á esta ciudad á vengar sus recientes derrotas, y esos son los enemigos con los que yo quiero medir mi espada.

—¡Ah! sois un valiente, marqués de Villafior, todo el mundo lo sabe en Murcia, dijo Pacheco. En el combate de Segorbe fuisteis el segundo que entrasteis en el castillo con vuestro escudero.

—Mi escudero era un valiente, contestó el marqués; yo no he hecho mas que mi deber; soy un hijo de Murcia, y en mi lugar cualquiera de ellos hubiera hecho lo mismo.

—Te has portado grandemente, dijo Pacheco; y euando considero en tí el hijo de mi valiente y buen amigo, y veo lo ilustre de tu cuna y las bellas cualidades que te adornan, se me quebranta el corazon al ver tu conducta y ajada corona de gloria que debia brillar sobre tu cabeza.

—De vos depende, señor Pacheco, que vuelva á reverdecer y que...

—Ya te he respondido á eso muchas veces, marqués; mi hija no puede ser la muger de un hombre que ha disipado su fortuna en locas orgías y paseado escandalosamente por todas las ciudades de España, las mugeres y las hijas de los mas nobles señores, engañadas y seducidas por sus falsos juramentos... Así, nunca...

Volviéndose entonces con impaciencia Fernando hacia el juglar:

—Concluye, le dijo, la cancion. Da una leccion á los que tan bien las dan... Cuéntalos hasta que punto de dolor y de miseria hizo bajar Dios á los Montescos y Capuletos cegados por un odio feroz... Dñes como el uno perdió su última hija,

y el otro su ultimo hijo... Tal vez comprenderán que el vicio no está solo en el corazon del jóven que se embriaga y canta y goza de sus amores y de su oro y de los placeres; si no que está tambien en esas enemistades implacables, en esos odios feroces que sacrifican á su venganza... hijos, familia, patria... Canta... canta...

Entonces Pacheco, arrojando una moneda de oro al juglar, le dijo:

—Basta... Ahí tienes la paga de tu cántiga; empero no olvides que hay en esta ciudad oidos á quienes pueden herir cruelmente tus palabras.

—Porque es verdad ¿no es esto, conde de Lorca? Porque resuena en vuestro corazon como un remordimiento... Porque os espanta...

—Os engañais, marqués de Villafior; mi tio no teme que su hija, semejante á Julieta, ame al hijo de su enemigo.

El juglar al oir estas palabras no pudo menos de estremecerse viendo que aquel infeliz caballero no sabia lo que se decia, pues él era precisamente el mensagero de amor de Tellez de Silva, uno de los enemigos mas formidables de su familia, y él sabia tambien cuan en vano aquel pobre padre se fiaba en la virtud de su hija.

Retiráronse por una parte el grupo de los caballeros, y por otra el juglar á quien rodeaban algunas gentes del pueblo. Fernando, saludando á Pacheco, se despidió de él, y vió alejarse á los demás, permaneciendo cerca de la casa del conde de Tavira. Absorto en sus meditaciones, paseábase por delante de ella cuando vió volver por allí al juglar que se habia desembarazado de las gentes del pueblo. Llegó el juglar al pie de uno de los balcones de la casa, abriéronse las persianas de él, y una bolsa cayó á sus pies. Acudió á recogerla el juglar; pero mas listo que él llegó el marqués de Villafior y la recogió. Entusiasmado de poseer una bolsa marcada que habian tocado las hermosas manos de la jóven que adoraba... una bolsa con su cifra, conmovióse de placer y apretóla contra su pecho. El juglar, que esperaba aquella señal y se veia de repente é inesperadamente burlado en su esperanza, no pudo menos de decir al caballero que aquel era el salario de alguna hermosa dama que sin duda escucharia al pobre cantor, y que esperaba no tratarla de privarle de aquel recurso de su pobreza. Entonces el caballero sacó de su escarcela otra bolsa que tiró al juglar, guardándose cuidadosamente la primera.

—Toma, bribon... Jámás cancion alguna te la habrán pagado mejor.

El juglar abrió la bolsa, que vió llena de oro; brilló en sus ojos una mirada codiciosa, y despues recordó que Tellez de Silva al mandarle allí le habia dicho que si le arrojaban una bolsa se la llevase inmediatamente. La bolsa que esperaba el enamorado caballero no era aquella; mas la que le habian dado estaba llena de oro, y, poco escrupuloso, metió el oro en su escarcela. Marchóse de allí el juglar con el firme propósito de volver cuando el marqués de Villafior hubiese desocupado el terreno para advertir á Estrella, la hija del conde de Lorca, don Cristóbal Pacheco, lo que habia sucedido en el trueque de las bolsas para evitar que una lamentable equivocacion produjese una catástrofe.

En tanto, don Fernando, mirando la bolsa que habia recogido, estaba como un verdadero niño. Sentia abrasarse su mano al contacto de ella, porque amaba á Estrella, y la amaba sin esperanza de que su padre se la concediese por muger, y



en esta posicion desesperada y hombre poco escrupuloso, estaba determinado á dar un paso terrible que la comprometiese é hiciese ceder la obstinacion del padre y el odio que le profesaban sus parientes. Aquellos proyectos eran criminales y le causaban remordimientos. Recorría en su imaginacion las locuras que habian marcado su juventud, locuras que impedian que aquella jóven le perteneciese; mas desechando la voz de la conciencia y no escuchando mas que la de su amor, y tal vez la de su ambicion, pues la posicion de la mano de Estrella podia atraerle grandes riquezas, se resolvió á dar un paso en la carrera del crimen despues de haberle contemplado en toda su terrible deformidad. Absorto en estas reflexiones se retiró de aquel lugar para pasear por la márgen del rio Segura solo y sin que ningun importuno viniese á turbar sus pensamientos y la combinacion de sus planes.

Apenas habia quedado desocupado el terreno, cuando el juglar que hemos visto tocando el laud debajo de los balcones de Estrella se llegó á la puerta de su casa. Comenzaba la noche á estender sus sombras sobre la ciudad, y en la oscuridad vió abrirse la puerta de la casa y salir de ella una jóven.

Reconoció á la hermosa Estrella, la hija de Pacheco y la amante de su señor Tellez de Silva.

—¿Qué imprudencia! le dijo Estrella: ¿porqué ha venido?

—Porque os ama.

—¿No sabe que si fuere sorprendido en la ciudad su muerte seria segura?

—Os ama y tomará precauciones...

—¿No sabe, dijo con la mayor angustia Estrella, que el rey ha jurado que si no podia apoderarse de la persona que quebrantase sus órdenes seria eterno su destierro?

—Os ama, señora, y está seguro de mi silencio.

—¡Insensato! Y por verme una hora, un momento, un minuto tal vez... ¡desafia la muerte!

—Señora, contestó el escudero, cuando yo era soldado á sueldo de don Pedro, todos los dias la arrostrábamos por un puñado de harina y un jarro de vino.

—¿Y dónde he de poder verle? dijo angustiada Estrella.

—El encontrará medio de venir aquí, segun he comprendido. Le he oido hablar de la media noche y una puerta como esta, y el escudero señalaba al mismo tiempo á una puerta lateral.

—Mientes, escudero; mi noble Silva no puede haberte dicho semejantes palabras.

—Señora, yo soy un hombre de confianza, y él me ha dicho: si cuando hayas cantado te arrojan una bolsa, es que ella quiere verte...

—¿Y qué mas?

—En ese caso calla y espera sus órdenes y luego vuelve inmediatamente á trasmitírmelas con toda fidelidad.

—¿Y le has llevado la bolsa?

—Seguramente, contestó el escudero.

—¿Tal cual yo te la he echado?

—Tal... si... si, seguramente, replicó con embarazo el escudero.

—Pues bien, entonces ya sé yo lo que debo hacer.

Y al mismo tiempo despidió con un gesto al mensajero de amor. Vióle alejarse y pensó en el imprudente paso en que se veia comprometida y á que la habia lanzado su ardiente passion. Temblaba al recuerdo solo de un amante que lo habia desafiado todo por ella; que olvidaba amigos, familia, su odio

hereditario, su alegría de la víspera, y esto cuando la venganza estaba en su mano. Habia visto que el rencor de los Pachecos le persiguió, y temblaba por que su vuelta pudiese hacer estallar su cólera contra él. Sabia que porque ella le habia dicho que volviese, habia vuelto, y que sus hermanos, sus parientes y todos los habitantes de Murcia parciales suyos se armarian de las mas pesadas espadas, vigilarian las esquinas de todas las calles y escudriñarian los rincones de todos los palacios hasta dar con él y perseguirle; mas ella se proponia hacer que se deslizase por medio de sus filas rápido é impalpable cual el relámpago. Ella, la hija de Pacheco, no podia sufrir el dolor que le causaba la suerte que corría su amor. El odio de raza que su corazon habia alimentado un dia, como toda su familia, se habia extinguido al soplo de amor de Silva en su ardiente pecho. Trató, pues, de hablar á su nodriza, la muger que la habia criado y de toda su confianza, que la creia retirada en un oscuro rincon de su oratorio tal vez llorando y sollozando, cuando era tan feliz por que iba á volver á ver al objeto de su passion. Empero no se atrevia á decir el nombre de su amante por que su nodriza no hubiera podido condescender nunca con sus deseos, temerosa de la poderosa venganza de sus parientes que indudablemente recaeria sobre ella.

La nodriza, que apenas habia notado su falta en los aposentos la habia buscado por todas partes de la casa, salió á la puerta del palacio y allí la encontró. Comenzó á reprenderla suavemente pareciéndola mal que la hija del conde de Lorca se hallase sola en la puerta de la calle á la aproximacion de la noche. Procuró tranquilizarla Estrella diciéndola, que habiéndose detenido un pobre cantor bajo las ventanas, habia bajado para pagarle su cancion.

—Una cancion de amor sin duda, dijo la dueña.

—Y muy triste, añadió Estrella.

—Y que te habrá hecho llorar, Estrella. ¡Oh! no debia permitirse que esos miserables juglares fuesen cantando por las puertas de las casas aventuras amorosas... Cuando las jóvenas les escuchan sus cuentos, les vienen pensamientos que no son buenos y que no se les ocurriria sin ellos.

—Tú sabes bien que no hay necesidad de canciones de juglares para pensar en el que se ama. Cuando el dolor te hace mas significativa, me hablas de tu marido, de tu marido que no existe, de tu pobre Martin, y entonces me dices cuanto le amabas.

—Es verdad... dijo refunfuñando la dueña, y añadió: pero he hecho muy mal.

—Me has referido tambien el placer que sentias cuando venia tu Martin y pasaba por debajo de tu ventana.

—Cuentos para hacer dormir á las niñas.

—Tambien me has contado que una noche abristes secretamente la puerta de la casa.

—Yo no he dicho eso, Estrella, dijo bruscamente la nodriza.

Tanto me lo has dicho, que viéndome reir cuando me contabas que estabas tan turbada que no te atrevias á proferir una palabra, añadistes con mal humor... tal vez llegarás, Estrella, á sentir esos terrores y á oprimir el corazon para sofocarlos, y entonces comprenderás lo que te digo.

—Pues hice muy mal en hablar así á una jóven.

Estrella la dijo entonces con un acento de indefinible tristeza:

—Y tenias razon, ama mia; ¡eso oprime el corazon hasta hacerlo pedazos!

—¿Qué es lo que estás diciendo, niña? dijo vivamente la nodriza.

—He dicho que la esperanza de ver al que se ama es una alegría que embriaga el alma, replicó la joven, y al mismo tiempo brillaban radiantes sus ojos. Y añado, continuó Estrella, que si debe pasar sin que yo le vea, si debe andar errante toda la noche por los alrededores de la casa sin que pueda entreabrirle la puerta... sería un suplicio horrendo... atroz... que devora de tristeza el corazón.

Y al mismo tiempo lloraba amargamente. La nodriza no la comprendía, y al verla así, no pudo menos de decirle:

—¿Pero que alegría, que temor, que esperanza, que tormentos son esos?

—Están aquí... dijo Estrella llevándose la mano al corazón. No tengo mas madre que tú: ¿a quién quieres que se lo diga?

—¿Estas niñas, estas niñas! dijo refunfuñando la nodriza.

—Y por que te lo haya dicho, ¿qué delito he cometido? ¡Ah! he hecho mal en contártelo, dijo sollozando Estrella.

—Alejarnos de aquí... no... pero debo reñirte... reñirte muy fuerte... Debo decirlo... y lo haré.

—¿Porque amo como tú has amado?

—No es lo mismo.

—¿Porque tambien quiero verle, hablarle...

—¡Bondad del cielo! ¿Qué estás diciendo? exclamó la nodriza: ¿una hija de un Pacheco... ¿Habeis perdido la cabeza?

—Como tú cuando abrias la puerta á Martin.

—Pero si vuestro padre lo supiese, nos mataría á las dos...

—Como tu padre te hubiese muerto si te hubiese sorprendido con Martin.

—Y lo hubiera merecido.

—Y sin embargo, lo hiciste.

—Es que me hallaba loca, dijo la nodriza.

—Y yo tambien lo estoy, contestó resueltamente Estrella.

—¡Calla, calla por Dios! y al mismo tiempo la cogia en sus brazos. ¿Es posible, Dios mio, que hayas llegado á ese punto... sin que yo haya notado nada?... ¿Pero quién es el amante?... ¿Quién ha podido sorprender y comprometer tan vivamente el corazón de la noble y poderosa hija de Pacheco?

—Tú le verás llegar cuando entre mas la noche á esta misma puerta.

—¿Es noble... rico... buen mozo, no es verdad?... su nombre...

—Su nombre, le contestó Estrella, no tienes necesidad de saberlo... Vendrá aquí embozado, se llegará á tí y te hablará, y preguntará si eres mi nodriza...

—¡Conque me conoce! repuso vivamente ésta.

—¿No has estado muchas veces á mi lado en esta ventana?

—¡Gran Dios! ¿sería acaso?...

Estrella le puso la mano en la boca para contener sus palabras.

—Calla... Dile que te siga y le llevas donde yo esté...

—Yo no haré eso jamás, contestó resueltamente la nodriza. No lo haér, aun cuando me lo pidieses de rodillas... aun cuando tenga que salir de casa de tu padre y no pueda volver jamás...

—Y aun cuando me veas morir, ¿no es verdad?

A esta exclamacion contestó toda estremecida la nodriza:

—¡Morir! ¡Tú, mi Estrella, morir! ¡Así se habla á tu edad!

—Y así mueren tantas jóvenes porque no hay nadie que tenga compasion de su dolor.

—Silencio por Dios, Estrella; nadie que las ama y me lo dices á mí!... ¡A mí, Estrella, que te he mecido sobre mis rodillas, que he pasado tantas noches á la cabecera de tu lecho cuando padecías... que he llorado tanto contigo sin saber lo que te hacia llorar... á mí me dices que no te

—Pues bien, si me amas... á la tercera hora de la noche amo...

abres esta puerta.

Vacilante la nodriza, le dijo:

—Pero ¿sabes, niña, que hace mas de tres meses que la llave de esa puerta se ha perdido y que no se ha podido encontrar?...

Estrella, ocultando el rostro, dijo:

—¡Hela aquí!...

Después de un momento de silencio, causado por el asombro de ver en su poder aquella llave la nodriza, continuó Estrella con voz solemne y lenta:

—¿Comprendes ahora que es preciso que le vea ó que muera?

—¡Dios mio, apartad de su cabeza el castigo que vuestro destino reserva á los hijos culpables! Yo, yo soy la responsable, yo que no he vigilado como hubiera debido... ¡Ah! ¡cuán feliz ha sido tu madre al morir cuando eras todavía una inocente y pura criatura!...

—¡Oh! las madres tienen compasion con sus hijas culpables, dijo llorando Estrella.

—¿Y qué mas quieres de mí? dijo la nodriza; te he escuchado y no he olvidado ninguna de tus palabras... Estrella, dame esa llave.

—¡Bendita seas! exclamó Estrella arrojándose en sus brazos.

—Pero comprenderás que yo quiero estar presente... que quiero...

—Todo cuanto quieras, contestó apresuradamente Estrella. Date prisa... la noche va adelantando... la hora se acerca...

—¿Qué rumor es ese?

—Es mi padre y sus amigos que le acompañan á casa.

Y al mismo tiempo las dos mugeres entraron dentro de ella; la nodriza pesarosa, pero resuelta á cumplir la voluntad de su señora, y ésta radiante de alegría porque iba á volver á ver á Tellez de Silva.

Don Enrique Pacheco venia acompañado de su hijo, de su sobrino y otros caballeros y vió desde lejos á la nodriza y á Estrella que se retiraban al interior de su casa. Hallábase muy preocupado hablando de Tellez de Silva, á quien porfiaba haber visto don Alfonso, y calculaba qué motivos podrian obligarle á presentarse en Murcia bajo un disfraz como un galán en busca de aventuras amorosas quebrantando el destierro que le habia impuesto el rey don Enrique. Pacheco no podia menos de decir:

—Insolente es el caballero y orgulloso debe estar la muger que le inspira un amor que no se pára en el temor de la muerte.

Su hijo y su sobrino mostrábanse indignados de la aparicion de su contrario y manifestaban deseos de turbar su cita y acometerle. En vano el prudente Pacheco les aconsejaba evitasen esta ocasion; ellos juzgaban un insulto la presencia de Silva en Murcia, y estaban resueltos á toda costa á trabar con él una fuerte querrela. Despidiéronse los parientes de Pacheco al llegar á su casa, y á poco rato, cautelosamente

mente, se asomó Estrella á una ventana baja de su casa, y llegándose á ella un embozado caballero, trabaron conversacion. El caballero cubierto era el mismo Tellez de Silva que habia acudido á la cita y venia á hablar á Estrella. Contaba el enamorado mancebo con poder vencer la repugnancia de sus eternos rivales los Pachecos, porque el rey Enrique III le habia prometido en recompensa de su sumision á sus leyes, y como una prenda del reposo y de la paz de la ciudad de Murcia, el favorecer su union con la hija de Pacheco, conde de Lorca, dando así fin á los bandos y parcialidades con que hacia mas de medio siglo traian alterada aquella ciudad. En alas de su amor habia desafiado todos los peligros; la señal del punto donde podria ver á su amada era una bolsa; empero habiendo recibido esta sin las armas de su casa, le indicaba que debia ir á esta. Dijo á Estrella como habia recibido por un emisario una bolsa sin su cifra, y que en cumplimiento de la orden que esto significaba, habia venido á rondar los alrededores de su casa para penetrar en ella, como tantas veces lo habia hecho por medio de una escala de seda.

—¿Sin mi cifra y sin mis armas, dijo asombrada Estrella, habeis recibido la bolsa? La que yo arrojé á vuestro escudero las tenia: ¿qué significa esto?

—¿Y qué me importa, respondió procurando calmarla Silva, pues que estoy á tu lado? ¿No puedes abrirme?

—He entregado la llave á mi nodriza.

—¿Qué hacer entonces? replicó alarmado Silva; porque estoy descubierto... He creido que me miraban con cierto recelo algunos caballeros que he encontrado á mi paso y temo...

—Pues bien, le dijo Estrella... Escucha: dentro de una hora, cuando brille una luz en mi ventana... ven; he guardado la escala de seda que te condujo á mi lado... aquel día... que quisiera olvidar, que no puedo y en el que sin cesar pienso estremecidamente de dolor.

—Estrella, hermosa Estrella de mi cielo, dijo con entusiasmo Silva, ese día permanecerá indeleble en mi recuerdo, y ahora te traigo la esperanza de una próxima felicidad.

En aquel momento se oyó interiormente la voz del conde de Lorca que llamaba á su hija. Sobresaltada ésta no tuvo tiempo mas que al cerrar la ventana decirle:

—¡Silva, tu amor me vuelve loca! Dios querrá poner termino á nuestros tormentos.

Viendo Silva que la casa no estaba todavía cerrada y que alguno podría salir de ella, procuró alejarse de aquel sitio, dirigiéndose á la parte del rio con objeto de cortar todo encuentro... La felicidad hace tímidos aun á los mas valientes.

Pocos momentos habian pasado desde que se habia alejado de la inmediacion de la casa Tellez de Silva, cuando apareció cerca de ella el marqués de Villafior hablando con Martin Perez su escudero y confidente de sus amores y locas empresas. Venian conversando sobre la empresa que meditaba.

El escudero preguntó á su señor si estaba por escalar la casa ó por la corrupcion de alguna dueña. El marqués le aseguró del éxito de su empresa y que habia tomado muy bien todas sus medidas. El escudero le presentó una escala que rechazó el marqués, y enseñándole una bolsa le dijo que con ella le bastaba y que tenia el medio de resolver y ablandar la conciencia mejor templada. Mandó que busca-

se un criado de la casa con objeto de proporcionarse la entrada, que si no podia lograrla, echaria mano entonces de la escala que llevaba el escudero y de que él tantas veces se habia servido en diversas empresas que le habian valido la fama de uno de los primeros libertinos de Murcia. Cual si hubiese un genio protector de el mal, vió salir á muy poco de la casa á la nodriza, la que observando cerca de ella á un jóven rebozado en una capa, creyó que era el hombre de quien la habia hablado antes Estrella, al que debia dar entrada en el palacio, no habiendo podido resistir las lágrimas de su hija de leche.

Conocióla el marqués de Villafior y trató de ensayar con ella su método de seducción, ignorando que por una equivocacion venia esta á proporcionarle lo que él tanto pensaba rogarla.

—¿Sois vos, caballero? le dijo la nodriza...

Reconociéndole al mismo tiempo no pudo menos de admirarse al ver que era el marqués de Villafior á quien tantas veces habia visto pasar bajo las ventanas de su señora, y al que ésta decia detestar con todo su corazon.

—Así son todas las jóvenes, dijo para sí.

El marqués de Villafior encargó á su escudero que estubiese en acecho mientras él entablaba su negocio con la nodriza. Retiróse el escudero, y dirigiéndose á la nodriza que continuaba en sus observaciones, pensando en la ligereza de las jóvenes que aman mas á los hombres valientes, pródigos y libertinos. Llegóse á ella el marqués y la preguntó si su corazon era accesible á la compasion.

—¡A la compasion! dijo la nodriza; no debia tenerla con vos.

—Lo que me prueba que la tienes y que tus sentimientos son muy buenos. Toma, la dijo, y al mismo tiempo la alargó una bolsa llena de oro.

La nodriza la rehusó diciéndole que no podia aceptarla.

—Comprendo que sois una muger honrada para eso, y que no aceptareis una bolsa sin haberla ganado.

—¿Y qué es preciso hacer para ello?

—Tú no puedes habitar este palacio hace veinte años sin conocer sus salidas secretas, alguna puerta oculta por donde se pueda penetrar.....

Al oír estas palabras se acabó de persuadir la nodriza de que el marqués era de quien le habia hablado Estrella, y bajo la impresion de este error le contestó:

—Si, señor, las conozco y no pensaba jamás verme reducida á abrirlas á semejante hora.

—¿Conque aceptas? pregunto sorprendido el marqués que aguardaba una gran resistencia y una lucha para vencer sus escrúpulos fingidos ó verdaderos.

—Es preciso... vuestra mano.

—Mi bolsa, querreis decir, contestó el marqués.

Entonces, la nodriza que se habia prestado á aquella infame complicidad por amor á Estrella y no por interés, rechazando el presente con dignidad, le dijo:

—No, señor... No es el interés el que me mueve á dar este paso; es la compasion.....

—Muy sensible eres, dijo el marqués con tono irónico.

—Soy una honrada muger, contestó la nodriza.

—Lo que eres, pensó el marqués, es una solemne bribona que te plantaré en la calle el primer día de mis bodas.

En aquel momento el escudero, que se hallaba de acecho, se dirigió apresuradamente á los dos diciéndoles:

—Despachaos, que de la parte del río un hombre se dirige aquí.

—Me parece que no he gastado mucho tiempo.

Brilló una luz en aquel instante en una de las ventanas ojivales del palacio; al mismo tiempo Tellez de Silva apareció hacia la parte donde comenzaba la alameda, miró al balcón y entusiasmado de alegría, dijo para sí:

—¡Está en su cuarto!

Abrióse al mismo tiempo una puerta secreta de la casa, y el marqués de Villafior, conducido de la mano por la nodriza, entró en ella, á oscuras, diciendo en su interior:

—¡Lléveme el diablo si sé donde voy y en que vendrá á parar esto.

—¿Teneis miedo ahora, señor? dijo el escudero al retirarse.

—Cuando se me abren las puertas del paraíso ¿crees tú que pueda tener miedo, yo, que soy capaz de ir de frente hasta los infiernos?... Mañana, al despertar el alba, estéte á

la puerta de esta casa y puedes anunciar á todo el mundo que dentro de tres días, Estrella, la hija del conde de Lorca, será la marquesa de Villafior.

—Estaré, contestó el escudero.

—Apresuraos, señor, dijo la nodriza, y al mismo tiempo se cerró la puerta y el escudero se retiró.

Silva llegó minutos después; sacó una escala de seda, arrojó los garfios de ella sobre la baranda de una de las ventanas, y trepando por ella murmuraba:

—¡Qué alegría para tí, Estrella, cuando sepas que muy pronto serás la marquesa de Huescar!

En aquel momento, doce campanadas lentas, sonoras, vibrantes, se desprendieron desde lo alto de la gótica catedral de Murcia.

Era la media noche.

(Se concluirá.)

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA CAZA.



1. La partida.—2. La carrera.—3. El descanso.—4. La vuelta.